

LA POLÍTICA Y LAS LETRAS.—BARROS ARANA EN EL INSTITUTO NACIONAL DE SANTIAGO.—SU LUCHA CON EL CLERICALISMO.—LA «REVISTA CHILENA».—AFICIONES CIENTÍFICAS.

Santiago, agosto 28 de 1875 (C. el 20 de octubre).—Mi muy querido amigo: No puede usted imaginarse el gusto que he tenido al recibir su cartita del 10 del corriente, porque si por ella vi que mi amigo Zenteno no hallaba en la biblioteca de usted los documentos que quería, esta circunstancia me ofreció la ocasión de reanudar nuestras antiguas y amistosas comunicaciones.

Cada día que pasa tomo más distancia por la política americana, que hace el gravísimo mal de arrastrar á ese terreno á los pocos hombres que en nuestros países se consagran al cultivo de las ciencias y de las letras.

Así, pues, he visto con gran placer que usted vuelve al trabajo y que prepara, junto con la historia de San Martín, la reimpresión de sus poesías, de la historia de Belgrano y de sus fragmentos y estudios históricos. Todos estos trabajos le proporcionarán sin duda más goces que las empresas políticas; y por medio de ellos usted prestará un servicio muy real y efectivo á la gloria de la patria americana.

Por mi parte, vivo lo más lejos de la política que me es posible vivir. Fui rector del Instituto durante diez años. Trabajé con un tesón incontrastable por reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente, y aprendiendo así lección por lección lo que no había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil, y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal ó no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó á Jonás. Esta en-

señanza enfureció al clero, que no perdonó medio alguno para suscitarme dificultades. El gobierno de Errázuriz, que al fin ha tenido que romper con los clérigos, había comenzado por ponerse á las órdenes de las gentes devotas, y las sirvió hostilizándome por todos caminos, é inventando mil tramoyas para separarme. Al fin me sacaron del Instituto á principios de 1873, es decir, después de diez años de consagración á los trabajos de este orden.

Mientras fui rector del Instituto empleé todo mi tiempo libre en formar programas y en escribir textos de enseñanza. Fué entonces cuando escribí la «Historia de América» que usted conoce, y otros libros que no valen la pena que sean guardados en la biblioteca de un hombre como usted. Pero publiqué además un curso de literatura en tres volúmenes, que mis amigos no han hallado muy malo, y un tratado de geografía física, que es un conjunto metódico y elemental de las noticias científicas recogidas en libros franceses, ingleses ó alemanes, inabordables para la inteligencia de los niños y de los hombres que no están iniciados en la ciencia. Aunque escribí este libro sin pretensión alguna, ha merecido la aprobación de hombres muy distinguidos, dentro y fuera de Chile. Así, pues, no extrañe usted que le envíe un ejemplar por el correo y que le pida que le dé una ojeada.

Después de mi salida del Instituto, he escrito mucho en algunas revistas; he publicado un grueso volumen sobre Pedro de Valdivia (documentos y disertaciones críticas), y he publicado una «Historia de los jesuitas de Chile por el padre Olivares», con introducción y notas. He enviado á usted estas obras, pero no sé si las ha recibido. Espero su aviso para repetir el envío.

Desde enero de este año publico un periódico mensual, titulado «Revista Chilena». Lo he enviado á Buenos Aires á los señores Lamas y Gutiérrez, y no lo he enviado á usted, porque no sabía si lo hallaría mi envío en Buenos Aires. Ahora voy á hacer un gran paquete que enviaré á Valparaíso á nuestro amigo Sarratea para que éste lo haga llegar á sus manos. Ese paquete contendrá:

«Revista Chilena», 9 números; Barros Arana: «Geografía física», un volumen; «Literatura», tres volúmenes; «Riquezas de los jesuitas», un volumen. Toro, Compendio de historia de América (buen librito elemental), un volumen.

Incluiré las partes que le faltan de mis dos historias de América, y algunas otras cosas.

Lo felicito por el estado floreciente de su biblioteca americana, y quedo deseando que se resuelva á hacer la impresión de su catálogo. Para los que conservamos esta santa manía de reunir libros viejos, todo catálogo es interesante; y cuando es trabajado por un hombre competente y éste ha puesto algunas notas críticas é ilustrativas, el catálogo pasa á ser una joya.

Yo, amigo mío, he llegado á amontonar una biblioteca de nueve á diez mil volúmenes sobre todas las materias del saber humano, y entre ellos poseo muchas curiosidades. Mis libros, propiamente americanos, son como seis mil volúmenes. Tengo estos libros colocados en tres salas modestas, pero cómodas, en una casa que yo mismo he construido en un barrio de la ciudad que usted no conoció, pero que es muy tranquilo, sin estar muy alejado del centro de la ciudad. Aquí paso el día entero, sin pensar en otra cosa que en la lectura y el estudio.

Mi permanencia en el Instituto me hizo apasionarme por los estudios científicos; y en mi casa tengo una sala con barómetros, termómetros, brújulas, un telescopio, dos microscopios y otros muchos aparatos, todos los cuales me ocupan algunas horas. Puedo asegurarle que no comprendo cómo puede haber hombres que teniendo alguna vocación por las letras y las ciencias abandonen su gabinete por seguir las luchas políticas en que sólo se recogen injusticias y desengaños; y sólo me explico esta anomalía por los compromisos y las exigencias. Yo mismo he pagado tributo á esos compromisos, en esfera muy reducida y modesta; pero al fin me creo curado de esa debilidad.

Los Amunátegui, que son siempre mis mejores amigos, me encargan mil recuerdos para usted.

Reciba un cordial abrazo de su invariable amigo.—*Diego Barros Arana.*

Post scriptum.—Voy á remitir á nuestro amigo Sarratea el paquete de libros que deseo hacer llegar á manos de usted. Este amigo ha quedado en enviarlo á Buenos Aires; pero creo que no alcanzará á marchar por el mismo paquete que lleva ésta.

Me interesa saber si la nueva edición de la «Historia de Belgrano» dejará terminada la obra; esto es, si contará la vida de ese general hasta su muerte. Me gustaría leer algo bien estudiado sobre la revolución de Arequito, que sólo co-

nozco por las «Memorias de Paz» y otras relaciones ó piezas más ó menos apasionadas é incompletas.

Lei su carta á Zenteno. Este me dijo que había escrito á usted ; pero, que impuesto del contenido de la suya, le da las gracias por su buena voluntad y lo releva de la molestia de contestarle.

LA POLÍTICA Y LAS LETRAS.—BARROS ARANA Y EL CLERICALISMO.—LA GEOGRAFÍA FÍSICA.—LA «REVISTA CHILENA».—OBSERVACIONES SOBRE ALGUNOS DE SUS ARTÍCULOS.—INTERESANTES PUNTOS DE HISTORIA AMERICANA TRATADOS POR EL GENERAL MITRE.

Buenos Aires, octubre 20 de 1875.—Señor D. Diego Barros Arana.—Mi querido amigo: Recibí oportunamente su estimable de 28 de agosto, que no contesté inmediatamente, esperando el paquete de libros que me anunciaba, el cual hace apenas tres días que tengo en mi poder, y por el que le doy las gracias, así como por las horas agradables que su lectura me ha proporcionado.

Su carta me ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué á la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10.000 volúmenes, de los cuales 6.000 son americanos, y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hallan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como usted lo dice, absorto en el estudio, sin acordarse de otra cosa, como le sucede á todo hombre de labor intelectual en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fué poder volar hasta su biblioteca, interrumpirle en medio de sus meditaciones, y después de abrazarle como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo que sobre libros viejos y conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy con la edad y las adquisiciones del tiempo y del trabajo tendrían, sin duda, más sabor y más substancia que entonces.

En fin, como todavía no somos tan viejos, es posible que este voto se realice el día menos pensado.

Mientras tanto, permítame usted que le diga que me parece algo lastimado al hablar de las injusticias y de los engaños de la política, en que usted ha militado como combatiente y como obrero. Sin duda que, para el hombre con vocación para las letras y las ciencias, la política, en su acepción grosera de luchar por los goces sensuales del poder, tiene mucho de bestial. También la labor fecunda del gobierno de las sociedades, aun en medio de la paz, tiene algo de brutal, porque es condición inherente al roce de los hombres con sus pasiones. Si la lucha de los hombres y de las ideas sobreviene, interviniendo en ello las fuerzas, los golpes que se dan y se reciben en ella tienen que ser dolorosos. Las mismas ideas tienen que chocarse con cierta fuerza para que produzcan resultantes eficientes, y el individuo como combatiente ó como obrero no puede aspirar á la inmunidad, ni quejarse después del combate de las heridas ó golpes que en él recibió, llevando sus manos á la parte dolorida, como el gladiador cobarde, en vez de contestar virilmente los golpes. Aun cuando el nivel político descienda en un país, aun cuando la ciencia del Gobierno obedezca en él á móviles sórdidos y las acciones de los políticos se encanallen, aun entonces no es permitido al combatiente desertar la arena, ni al alma renegar de la labor pública, ni considerar la noble pasión política como una enfermedad ó una debilidad humana, según usted lo insinúa al hablarme del estado indiferente, sereno, de su alma en el retiro. «El Gobierno, como lo ha dicho Guizot, será siempre uno de los más nobles empleos de la inteligencia humana, y el que requiere almas más elevadas». Como se ha observado, los grandes hombres que han gobernado para el bien de los demás han aspirado siempre al retiro, porque para ellos la tarea era un sacrificio, su vida el trabajo, su única recompensa la cosecha que otros recogerán, no siéndole permitido el descanso ni el desaliento. Recuerde, mi amigo, aquel personaje histórico de que habla Macaulay (creo que Temple) que al dejar el ministerio se encerraba en su biblioteca, olvidándose de la política, porque no tenía papel que desempeñar en ella, y cuando volvían á llamarle á la vida de la acción, interrumpía su lectura, hacía una señal en el libro, para volver á estudiarlo sin amarguras, después de llenar virilmente sus tareas de hombre y de ciudadano de un pueblo li

bre ó en vía de serlo, enseñando que la acción es trabajo y que pensar es también acción.

Los detalles que usted me da respecto de su destitución del Instituto, no los conocía en sus pormenores, y me han interesado en alto grado, así por la simpatía hacia su persona como por lo curioso de algunos de ellos. Lo que usted me dice en su carta, juntamente con el folleto correlativo (que he leído), me hacen creer que Chile marcha muy despacio en el camino de los adelantos morales. Hoy que la ciencia ha iluminado la conciencia humana, y que sus verdades vulgarizadas son del dominio del sentido común; hoy que el hombre ha tenido posesión del universo y que el niño al abrir sus ojos á la razón bebe en el aire la demostración de los mundos que se crían en los espacios infinitos, y comprendemos todos sin discutirlos ya, las leyes eternas á que obedece la naturaleza humana, su destitución, por la influencia clerical, por el hecho de propagar esas verdades, sin tributar homenaje á la ignorancia, es un hecho que me muestra que todavía tienen ustedes mucho que trabajar y que luchar para ponerse en el recto sendero en que el mundo marcha. Cuando el mismo pontifice romano hace borrar del índice expurgatorio la condenación que pesaba sobre la teoría de Galileo, admitiendo al fin que la tierra gira alrededor del sol; y cuando el padre Secchi, jefe del observatorio de Roma, demuestra en su libro sobre la unidad y la sucesión de las fuerzas, que es la fuerza transmitida del sol el motor que hace vibrar la molécula que imprime sus latidos al corazón del hombre, el rector de un instituto de educación liberal, destituido en homenaje de Josué deteniendo la marcha del sol y de la ballena de Jonás que la historia natural moderna no reconoce, es algo que tendría algo de cómico si no tuviese mucho de triste para la dignidad de la razón humana.

Como en este incidente usted se encuentra del lado de la causa de la verdad, y sé bien que no cambiaría su derrota al pie de la bandera eterna, por el triunfo pasajero de los que pretenden negar la fuerza del sol, no lo compadezco como víctima, y si me detengo sobre este punto es para mostrarle que le sigo, aunque de lejos, y que me intereso verdaderamente por usted, como por todos los demás amigos que dejé en Chile, que recuerdo siempre y en quienes reconozco como siempre hermanos de la causa común.

He leído con interés algunos de los libros que me ha remitido, y recorrido otros, reservándome estudiarlos más des-

pacio después de satisfecha la primera curiosidad. Los que desde luego han atraído mi atención y casi he agotado, son su «Tratado de geografía física» y la «Revista Chilena».

Su tratado de la geografía física era un libro que faltaba en América y en la lengua castellana. El plan es bien concebido y ha sido bien ejecutado, con claridad, con abundancia de ciencia condensada y con un sano criterio que domina toda la materia. El capítulo final sobre Chile es interesante, como descripción geográfica, en que todos los principios generales contenidos en el libro puede decirse que se concretan. Encuentro, sin embargo, que el capítulo sobre «El hombre» deja que desear. Sin entrar á dirimir la cuestión de los monogenistas y poligenistas, me parece vago lo que usted trae respecto de la unidad del género humano, cuya cuestión resuelve indirectamente por la unidad de la especie animal llamada genéricamente hombre.

Las razas moralmente inferiores que no pueden elevarse hasta las regiones superiores de la inteligencia, algunas de las cuales parecen en el último eslabón de la cadena de la vida entre el hombre y la bestia; las facultades superiores de ciertas razas, á las que está reservado el porvenir y el gobierno del mundo en los tiempos; la fusión de esas diversas razas, en que fatalmente y por una ley demostrada, la raza superior debe prevalecer, trayendo la humanidad al fin á la unidad de un tipo, perfeccionada físicamente con la noción de la perfectibilidad en su mente, son cuestiones filosóficas, fisiológicas é históricas, que interesan tanto á la ciencia antropológica y la etnología, como á la sociabilidad, y de que no puede ni debe prescindirse en un libro de ese género. Lo relativo al hombre prehistórico lo encuentro poco desarrollado, aun en los límites de un compendio, siendo como es la materia tan interesante por sí, y ligándose, como naturalmente se liga, con la geografía física en sus relaciones con la historia del globo y sus habitantes, comprobada por documentos paleontológicos. Otro tanto pienso respecto de las lenguas cuya importancia enuncia usted, sin desarrollar el tema, y dejándolo apenas bosquejado en dos ligeros rasgos magistrales.

Sobre el gusto con que he leído su libro, ó mi predilección por el género de estudio á que se contrae, ello es que no he podido resistir al deseo de hacer un breve análisis de él, porque me parece que ambos vamos en la misma corriente de ideas.

Apenas he hojeado sus «Elementos de literatura», deteniéndome en uno que otro capítulo que me ha cautivado de paso la atención. A propósito: me dice usted que publicó su obra en tres volúmenes, y así lo señala usted en el aparte sobre los libros que me envía. No he recibido sino dos volúmenes: uno de «Retórica y poética» y otro de «Historia Literaria». Se lo aviso por si acaso.

De las obras anteriores escritas por usted, á que hace referencia en su carta, he recibido la «Historia de Olivares» con su introducción, que forma el tomo 7.º de los «Historiadores chilenos». El volumen sobre Valdivia (documentos y disertaciones críticas), no lo he recibido y mucho lo siento, tanto por ser trabajo suyo, como por la importancia histórica del personaje. No deje de mandármelo en primera oportunidad. Sólo tengo hasta el tomo 7.º la colección de «Historiadores de Chile», faltándome por lo tanto el tomo 8.º de Carvallo, con la introducción de nuestro amigo Amunátegui, cuya publicación veo anunciada en la «Revista Chilena».

Veo que usted habla en la «Revista Chilena» del 7.º y 8.º volúmenes de la parte histórica de Gay, que falta á mi ejemplar. No me interesan mucho, porque para mí el drama histórico de Chile acaba en el volumen 6.º, con la caída de O'Higgins; pero desearía poseer la obra completa, y tener á la vez en ellos un manual seguro de hechos y de fechas contemporáneas.

He leído su estudio sobre Gay y su obra publicada en la «Revista». Todo en él es nuevo y es juicioso. La abundancia de detalles lo realza y la imparcialidad fundada de los juicios hace agradable y útil su lectura. Gay queda definitivamente colocado en su puesto: más arriba del valor que le daban en determinados puntos, y más abajo en otros, quedando su obra como un monumento al que se agregarán sin duda algunas piedras, pero que de seguro no será reemplazado ni en un siglo.

Veo que la obra sólo ha costado 50.000 fuertes, á los que agregando otros 50.000 fuertes, por instrumentos, gastos de viaje, etc., suman 100.000 fuertes en el transcurso de 40 años de trabajos. Usted se empeña en probar que no es caro. Le bastaría haber computado lo que en 40 años ha costado al tesoro público el sueldo de algún coronel elevado por el favor ó la casualidad (por no decir un canónigo), que recibí más que esa cantidad por no hacer nada, y comparando la tarea con el resultado, dejar que cada cual formase su juicio.

A propósito de Gay, introduce usted en su estudio el boceto de algunos personajes, unos que le precedieron en la labor y otros que colaboraron á su obra. Entre los últimos son curiosos el de Martínez López, cuyos arcaísmos hacen reír y rabiar, recordando sus polémicas con Salvá, y el guitarrista convertido en historiador, que al fin no lo hizo tan mal. Entre los primeros es el más simpático el tipo de d'Albe, que figurará en mi historia de San Martín, pues fué, como su padre con Napoleón, confidente y consejero de las grandes operaciones del gran general americano, según él mismo lo ha declarado. Tengo un plano del sitio de Talcahuano, dibujado é iluminado á la aguada por él, que perteneció á San Martín, que es una preciosidad á la vez que un documento útil. Lozien, muriendo entre los indios, por seguir las inspiraciones de Rousseau, es otro tipo que se destaca. Entre ellos también está Dauxian Lavayse, cuyas obras y carácter estima usted en su justo valor, y de quien además poseo algunos manuscritos.

Le daré á usted un dato más sobre Lavaysse, aunque el personaje no merezca la pena, y sólo por vía de apunte bibliográfico, por si casualmente no lo conociese ya.

Hablando de la misión de Lavaysse á Haití, cita usted sólo las historias de Fustin y de Regnault, refiriéndose al «Moniteur». Toda la correspondencia de esta vergonzosa misión se encuentra inserta en el apéndice de un libro que sería extraño no conociese usted. Su título es «*Precis historique des negotiations entre la France et Saint Dominique; suivi des pieces justificatives*», etc., pour M. Wallez, Paris, 1826, 1 vol. con 4 fs. más 488 páginas. Además de una breve noticia en el texto sobre esa negociación, se encuentra allí la correspondencia de Lavaysse con Cristóbal y Petrán, que nunca fué publicada en Francia, á excepción de la desautorización de la misión y reprobación de ella, publicada en el «Moniteur», que usted trae. Entre la correspondencia se registran las instrucciones del ministro Malouet á Lavaysse y la declaración de Medina, en cuyo poder se encontraron, siendo todo el libro muy interesante para la historia de la independencia de Haití.

Y ya que me he ocupado de paso, de un trabajo suyo publicado en la «Revista Chilena», hablemos algo de esta publicación hecha bajo su dirección y la de nuestro buen amigo Miguel Luis Amunátegui.

La «Revista Chilena» es interesante, contiene medula y

está escrita generalmente con talento; pero carece (salvo ligeras excepciones), del sello original que debe marcar las producciones de éste en un mundo nuevo.

Todos los chilenos son discípulos de don Andrés Bello, talento de asimilación, espíritu enciclopédico, vulgarizador elegante y metódico de tareas ajenas, que sólo ha sido original en materia de lengua castellana, para reivindicar con Baralt la competencia de los americanos en una lengua que hablan incorrectamente, aunque con más vigor que los españoles, y sobre la cual los españoles han hecho hasta hoy muy poco.

Como discípulos de tan ilustre maestro (ante el cual siempre que le nombro me inclino como ante el verdadero sabio americano), el tipo de Revista de los chilenos es siempre la Biblioteca Americana y el Repertorio Americano, de Londres, especie de *magazine* inglés, en que los conocimientos generales forman la tela y las materias americanas el bordado. En su tiempo fué muy bueno este método para educar un mundo que nacía á una nueva vida, y desparramar en él ideas y nociones que debían germinar en su seno, circunstancia que ha dado á esas revistas de una época histórica, una vida durable.

La «Revista de Santiago», como la «Revista de bellas letras» en que colaboró Bello, así como la «Revista Chilena», están calcadas sobre esos modelos, salvo accidentes de tiempo y de lugar.

Algo más que eso tiene hoy derecho el mundo á exigir de las Repúblicas Americanas, que después de la declaratoria de su independencia han obtenido su carta de ciudadanía en la república de las letras.

La América del Sur no se conoce á sí misma, sino por los estudios de los sabios europeos, desde Humboldt hasta Agassiz. Testigo de ello Gay en Chile. Cuando nos quejamos de que la Europa no nos conozca bien, y que sus escritores cometan los más groseros errores al hablar de nosotros, olvidamos que sin los europeos no nos conoceríamos á nosotros mismos. Si por nuestra parte no cometemos respecto de la Europa los mismos errores, es porque sus sabios han cuidado de hacerse conocer, y esto sin que nuestro contingente entre por un grano de arena en su incesante labor.

Una revista americana, que pretenda reflejar el movimiento intelectual de una de nuestras Repúblicas, debe alimentar y alimentarse de su propia substancia, para estudiarse á sí

misma y hacerse conocer en las demás. Hoy, el que no da como contingente algo de la observación propia, no da absolutamente nada al progreso humano. Una revista que no dé algo original, que no suministre alimento á la ciencia, es un producto híbrido, sin el don fecundo de la reproducción.

La «Revista Chilena» es puramente histórica y literaria, con algunas diversiones en los dominios científicos, y esto dentro de límites circunscriptos. Le falta todavía el nervio de este género de publicaciones. Las variadas aplicaciones de la ciencia, con relación al suelo y al modo de ser del país, no se reflejan en sus páginas, y emitiendo como un cuerpo opaco el pálido reflejo de una luz lejana, apenas emite un débil rayo de luz propia.

Es que la América del Sur es ignorante, profundamente ignorante en todo el sentido de la palabra, incluso ustedes los chilenos, que pretenden ser los más sabios. Apenas tenemos un medio astrónomo; no tenemos un verdadero geómetra, ni un físico, ni un químico; carecemos de naturalistas, de geógrafos, de filólogos profundos (aun con relación á los idiomas indígenas), de pensadores verdaderamente profundos y originales, y hasta de ingenieros capaces de hacer los estudios y ejecutar un ferrocarril. Hablo en general, sin desconocer raras y honrosas excepciones.

La imaginación y el agrupamiento de los hechos á que ella preside ó á que da colorido, es todo nuestro contingente literario. Las ciencias prácticas no han echado todavía raíces entre nosotros.

Nada, ó muy poco, hemos adelantado después del viaje de Humboldt á principios de este siglo. Gay es el revelador del suelo chileno, que Piscis ha estudiado geológicamente, trazando su carta topográfica, ilustrándolo Domeyko y Philipi, extranjeros todos ellos. Codazzi extranjero, auxiliado por sus predecesores, establece las bases de la geografía de Venezuela, cuyos límites no se han ensanchado. D'Orbigni y otros viajeros europeos, por la copia de sus datos no del todo explotados aún, son todavía, no obstante sus errores y deficiencias, nuestros oráculos. Fitz Roy ha hecho la cartografía americana, Darwin ha estudiado geológicamente nuestro suelo, Rutland medido la altura de nuestras montañas, Boussingault examina sus fenómenos físicos, Costeluan se lanza al través del continente, para revelarnos sus misterios mediterráneos, sin que la labor ni la iniciativa americana entre por algo. Los ingleses y los norteamericanos han levantado el ve-

lo de Isis, que cubría los misterios de los monumentos prehistóricos de la América. Maury nos ha revelado la ley de las corrientes del agua y del aire en nuestro continente, y no hemos ido más allá. Gillies en Chile, continuado por Maestó, y Gould en la República Argentina, son los únicos que han interrogado nuestro cielo austral, enriqueciendo el catálogo de sus astros. Pauli, viajero cosmopolita, es el que ilustra nuestra climatología con observaciones propias, materia de que se ocupa actualmente nuestro doctor Rawson, aquí en sus lecciones de higiene. El español Azara, al principio del siglo, el inglés W. Parish después, el francés Martín de Moussy y últimamente el alemán Burmeister, son los únicos que estudian y describen la República Argentina bajo todos sus aspectos, suministrando conocimientos nuevos á la ciencia universal. En fin, ¿para qué seguir esta enumeración de los documentos de nuestra impotencia para estudiarnos á nosotros mismos y hacernos conocer de los extraños? Basta y sobra con lo dicho.

No se me oculta que á este trabajo ajeno está incorporada una labor propia, representada por los gloriosos nombres americanos de Caldas, Clavigero, Oliva, Gama, Velarghen y León, B. Pastina, Suárez, Larrañaga, Arenales, Paz Soldán, Sigüenza, Abrate y Ramírez, Unanue, Rivero, etc. A excepción de Azara, el más original, aunque el menos científico de los exploradores del Nuevo Mundo meridional, todos los demás, incluso el mismo Humboldt; y Humboldt, más que ningún otro, debe por lo menos una cuenta de sus conocimientos á los estudios ú observaciones más ó menos completos ó embrionarios de los americanos; así como debe la otra cuarta parte á sus colaboradores de Europa (como usted lo hace notar), quedándole apenas una mitad de gloria y trabajo propio, y así lo demás. Pero por eso mismo es que creo que podemos y debemos exigir que la inteligencia americana dé mayor tensión á su propio resorte, que se inspire en la contemplación razonada de su propia naturaleza, que explote los ricos materiales que tiene bajo su mano, y que la tendencia del mundo se ha manifestado en el sentido de los estudios americanos; demos alimento y dirección á esa tendencia, emitiendo la luz propia en vez de reflejar como un astro apagado de luz ajena, que con frecuencia es una luz de reflejo.

Una revista americana que no llene estas condiciones, y que no esté nutrida y templada por las ciencias físicas y exactas, en sus múltiples aplicaciones, será cuando más un campo

de labor iluminado por los fuegos fatuos de la imaginación, en que muy poco útil se cosechará al fin.

Sé bien que nada de esto puede ocultarse á su penetración; pero se lo digo para estimularlos en el trabajo, y para mostrarles que siendo nuestras aspiraciones las mismas, nuestra tarea es solidaria.

Una prueba de esto tengo en la reseña bibliográfica de la «Revista Chilena» hecha por usted, que llena en parte el programa de una revista como la que he indicado. Allí se refleja la luz emitida de la fuente originaria, haciéndola proyectar sobre nuestra propia conciencia; se sigue el movimiento científico y literario del mundo, y se le hace obrar sobre nuestra inteligencia; se vulgarizan nuevas ideas, se aplican á determinados objetos y se esparcen nociones claras que reaccionan sobre nuestro propio ser, obrando sobre la masa que se educa.

En prueba de que he leído su revista bibliográfica con gusto y atención, voy á hacerle respecto de ella algunas ligeras observaciones, que quizá puedan serle de alguna utilidad en sus estudios. Sigo en mis anotaciones el orden de los números de la «Revista»:

1.^a—Descubrimiento de América por los normandos.— Con motivo de un libro de M. Gravier «Decouverte de l'Amerique pour les normandes au X siècle», trata usted esta cuestión en una de sus primeras notas bibliográficas. El libro de Gravier, que nada absolutamente nuevo contiene, sino lo que á él se le ha antojado suponer por su cuenta, poseído de una especie de manía, acompañado de poca erudición propia y de ningún criterio, no es un trabajo serio ante la crítica, aunque muy bien impreso. Baste decir que reproduce en una lámina, como prueba auténtica, la inscripción de la piedra llamada de Dighton, en Norte América (Writing Rock), de que todos los arqueólogos norteamericanos se ríen hoy á carcajadas, por más que el propietario del terreno en que se encuentra, la haya cedido últimamente en propiedad con él, á la Sociedad de Anticuarios del Norte, de Copenhague. El sabio Rafn, inventor y propagador infatigable de lo que llamaremos teoría anticolombiana, pretendió descifrar esa inscripción, en su famoso libro «Antiquaetates Americanae» que usted conoce, y esa piedra es uno de los cimientos de su edificio. Gravier no conoce más que este libro: de él saca hasta sus mapas y viñetas, y lo único que le agrega son sus exageraciones, tan arbitrarias como falsas. pues se fundan muchas de ellas en

hechos falsos ó sin consistencia. A este número pertenece la pretendida ciudad normanda del Brasil (página 235). Esta última especie ha sido rectificadas después, como lo ha sido por el mismo Sigell el supuesto hallazgo de restos humanos de la época prehistórica, en una caverna del mismo país, que ha declarado no pertenecer al terreno primitivo como lo creyó antes.

Sobre esta cuestión tengo mis ideas definitivamente formadas, y tanto más cuanto que he sido hasta no ha mucho uno de sus más sinceros creyentes.

Cuando esta noticia se vulgarizó fui uno de los incrédulos; pero al fin la adopté como indiscutible, cediendo á la gran autoridad de Humboldt, que primero en su «Examen de la geografía del Nuevo Continente» y después en el «Cosmos», la admitió como fuera de cuestión. Es mi creencia que sin este poderoso auxilio, que es la prueba moral que más la abona, la teoría anticolombiana y el descubrimiento de Greenland y Vosilard no habría pasado de los «Lagos» interpretados por Rafn, ni hecho tanto camino.

Miembro yo mismo de la Sociedad de Anticuarios del Norte, he seguido su corriente, hasta que mi propia razón, despertada con las mismas pruebas con que trataba de robustecer mi creencia, ha reaccionado espontáneamente, sublevándose abiertamente al leer el libro de Gravier.

Los últimos descubrimientos de los arqueólogos norteamericanos Davis, Lapham, Squien, Schoolcrafts y otros, que han descripto los singulares monumentos de tierra y los restos de la edad de piedra de las razas del norte de América, me han afirmado en mis creencias, ayudándome á estimar la debilidad y la inconsistencia en que se funda la teoría anticolombiana.

Si un movimiento de la razón no me hubiese lanzado en esta vía, un sentimiento de justicia me habría hecho protestar al fin contra las consecuencias que de tal teoría pretende deducirse.

Dice Rafn en su obra citada: «El descubrimiento de la América en el siglo X puede ser considerado como uno de los sucesos más notables de la historia del mundo, y la posteridad no puede defraudar á los escandinavos del honor que le han granjeado con este descubrimiento.»

Dando el hecho por cierto, y perfectamente comprobado tal como se pretende, una tierra ignota descubierta por casualidad y perdida después sin saberse cómo (que esto es to-

do lo que pretende probar Rafn), ni es «el suceso más notable del mundo» ante el descubrimiento de Colón, ni es «un honor» que pueda reivindicarse para obscurecer la gloria del grande hombre que, guiado por las inspiraciones de su genio y por nociones científicas, demostró prácticamente la redondez del mundo, creyendo encontrar la India al término de su viaje, buscando «el oriente por el poniente», según sus propias palabras.

Tengo en mi biblioteca casi todas las obras que se ocupan especialmente ó por incidente de esta cuestión, que puede decirse agotada por parte de los antecolombianos, y he tomado todas las notas para escribir una memoria histórico-crítica á su respecto, trayendo todas las pruebas á las condiciones de un hecho geográficamente posible y probable, de las cuales las escritas están muy lejos de ser concluyentes y pueden interpretarse de diverso modo, aun dando por irreprochables los textos y la traducción de los «Lagos», no siendo difícil demostrar que Humboldt, acreditándola tan absolutamente, fué guiado más bien por sus impresiones que por un estudio atento de la cuestión.

Es increíble la masa de hechos que puede aglomerarse, para fundar un sistema de pruebas sólidas, diametralmente opuesto, tomando por base el territorio americano, en contraposición á las débiles pruebas (muchas de las cuales están anonadadas por sí) en que se funda la teoría antecolombiana de los Anticuarios del Norte, de que soy indigno miembro, y cuyas publicaciones, que recibo periódicamente, me afirman cada día más en mi creencia.

Si mi obra no produjese el convencimiento, ó si por lo menos no disipase del todo las tinieblas de esta cuestión, que para la mayoría es artículo de fe, será al menos la manifestación de un espíritu independiente, guiado por la luz de los hechos y de su razón, que busca seriamente la verdad, reaccionando contra libros del género de los de M. Gravier, que son la abdicación de la razón propia y la exageración maniática de un descendiente de los normandos, que se considera por esta circunstancia tal vez superior á Colón.

Yo, que le criticaba á usted haber dado tan seria atención á Gravier, se la he dado mayor; pero ha sido para transmitirle mi modo de pensar sobre tan importante materia, llamando acerca de ella, y esperando encontrar en usted un aliado y hasta un colaborador, luego que reflexione un poco sobre el particular.

2.^a—Harrisse (bibliógrafo norteamericano).—Es muy interesante y bastante completo un artículo sobre este valiente pionero de la bibliografía americana, que no obstante ciertas «bevues» que han comprometido su reputación, es sin duda el que ha levantado este ramo de la literatura á la categoría de ciencia. Es en su género un genio de paciencia trascendental, como la bibliografía chilena de Briceño, sin ser la obra de un genio es un monumento de paciencia de hormiga.

Hecha la debida justicia, hago mi anotación.

Cita usted una obra de Harrisse en español, publicada en Madrid en 1872, titulada «Introducción de la imprenta en América, etc., desde 1540 hasta 1600», que dice no haberse podido procurar, y á la que supone gran importancia y novedad.

Esto me hace presumir que tal vez ha perdido usted de vista la «Bibliotheca Vetustissime» de Harrisse, en cuya página 374 y siguientes se inserta una lista de las obras impresas en América desde el año 1540 hasta el 1600, después de disertar en las 10 páginas anteriores sobre la introducción de la imprenta en este hemisferio. Todas las noticias allí contenidas le fueron suministradas, según lo declara él mismo, por el bibliógrafo mejicano Icarbalceta. Pienso que la obra á que usted se refiere no es sino una reproducción en castellano de las mismas páginas, tal vez con algunas noticias más tomadas en España, utilizando el catálogo de la biblioteca de Maximiliano (Andrade) por lo que respecta á Méjico. En cuanto á la introducción de la imprenta en Sud América, ni Harrisse, ni Icarbalceta sabían la primera palabra, empezando su cuenta desde 1585, lo que muestra que ni el «Manual» de Brunet habían compulsado. Brunet dió en efecto un libro de 1585, como el primero; pero después se corrigió en un artículo posterior, y las dos versiones se han reproducido á la vez en la última edición. En la «Revista del Río de la Plata» he ilustrado este punto en un artículo bibliográfico, teniendo á la vista un libro de 1584, impreso en Lima, que prueba ser el primero, el cual existe en mi biblioteca.

Ahí tiene usted otra anotación para su ejemplar de Harrisse.

3.^a—Episodios, etc., del Paraguay, por Bermejo.—Veo que este librito le ha llamado la atención y que se ha detenido, analizándolo. El autor á quien conocí, creo, como usted lo juzga, una inteligencia mediocre, muy poco nutrida. Medio literato de zarzuelas, vino al Paraguay á buscar for-

tuna, y allí se le encomendó la redacción del «Semanario», órgano ciego y servil de la más bárbara tiranía de que haya memoria en el mundo. En su libro se da el autor los aires de un hombre independiente, que se atrevía á decirle la verdad á López. La verdad es que no fué sino un instrumento dócil en manos de un poder brutal, ante el cual no se atrevía ni á respirar. Cuando libre del Paraguay vino á Buenos Aires, alzaba las manos al cielo, como un esclavo que ha roto su cadena. Por lo demás su libro tiene su mérito, es una pintura real de las costumbres del país en tono de folletín y da una idea exacta, aunque ligera, del modo cómo se gobernaba y obedecía aquella pobre tierra.

Pero no es este el objeto de mi anotación, sino el poner en su conocimiento que Bermejo es autor de un libro publicado en la Asunción en 1862, que se relaciona indirectamente con Chile. Su título es «La iglesia católica en América» ó refutación de la obra «Intereses católicos en América», del presbítero Ignacio Eizaguirre. Usted extrañará saber que esta obra tiene una tendencia antipapista; pero se explicará el hecho cuando le diga, que nuestro amigo Eizaguirre se había permitido hablar mal del Paraguay, de la ciudad de la Asunción y de la condición de la religión católica y de su clero allí. Bermejo, como escritor oficial salió á la palestra, despedazando el libro de Eizaguirre por cuenta del Gobierno, y de paso por cuenta propia el papado romano. Hasta el obispo del Paraguay se unió á Bermejo contra Eizaguirre, y de miedo por complacer á López escribió una carta inserta en la obra, protestando en tal sentido, lo que no lo salvó de que López lo hiciese matar pocos años después.

Puede usted agregar esta anotación á los «Intereses católicos» de mi amigo Eizaguirre. El libro de Bermejo es en 4.º y consta de 241 páginas.

4.ª—Hutchinson (obra sobre el Perú).—No conozco esta obra ni necesito conocerla para saber lo que puede contener. Hutchinson es un original que tiene la pasión de los viajes para escribir sobre ellos libros que su librero no puede expender en Londres. Ha escrito sobre la expedición del Níger, en Africa, de que formó parte. Aquí ha sido por algunos años, cónsul de Inglaterra en el Rosario, y ha escrito dos obras sobre la República Argentina, una de las cuales lleva mi retrato al frente. No obstante mi estimación por su persona, y mi gratitud por su distinción, debo declarar que sus dos libros no tienen pies ni cabeza, sin dejar de tener algo que puede ser

utilizable, y que considero á Hutchinson como un hombre que puede escribir durante toda su vida, sin llegar jamás á producir lo que se llama un libro. Aquí publicó en inglés un periódico estadístico-comercial, que es su mejor obra.

5.^a—Don Florentino González.—No menciona usted una traducción de Grimke hecha por él, impresa últimamente en Europa, y precedida por un notable estudio suyo. En cuanto al «Proyecto sobre el juicio por jurado» de que hace usted un elogio, no tiene el mérito que se le atribuye, y el Congreso Argentino lo ha desechado últimamente con razón. Antes de esto había publicado un librito en 8.^o sobre la misma materia, que no carece de mérito, aunque no sea sino una compilación sobre los diversos sistemas del juicio por jurados en los países en que existe.

6.^a—Colección Lamas (historia de Lozano).—Nada dice usted de la «Introducción» de Lamas, puesta al frente de la colección, limitándose á señalar lo exiguo de sus noticias sobre la vida del padre Lozano. Este silencio me manifiesta que pensamos del mismo modo sobre esa pieza, que usted no ha querido criticar. Por mi parte, comprometido á dar mi opinión confidencialmente, en contestación á una carta de Lamas, que acompañaba el trabajo en cuestión, lo hice con los debidos cumplimientos á la erudición del escrito; pero salvando mi responsabilidad moral, y haciéndole en términos corteses algunas críticas explícitas ó implícitas. Creo que usted pensará como yo (aquí entre nos) que la erudición de Lamas es de pacotilla y cosechada á gran prisa á última hora, pues no estaba preparado para el trabajo. En honor de la sana crítica, y en descargo de mi conciencia, no puedo dejar de decirle á él mismo: 1.^o Que lo que principalmente probaba su introducción es que Lozano era un gran ignorante, aun para su tiempo. 2.^o Que Lozano escribió sus documentos sobre los primeros tiempos copiando á los cronistas sus antecesores, sin discernimiento. 3.^o Que algunas partes de la introducción exceden la medida episódica en que debieran encerrarse, como por ejemplo, lo relativo á la geología y á la etnografía, siendo la primera de éstas por demás elemental (más adecuada para niños que aprenden, que para hombres que saben lo que dicen y lo que leen). 4.^o Que hace soportar á las telas de araña de Lozano el peso de cuestiones científicas, etnológicas, filológicas y sociales, de que el autor ni idea tenía, manteniéndolas en un equilibrio artificial y haciéndolas atravesar como un acróbata los abismos que las separan sobre

un hilo casi invisible, por no decir invisible. 5.º Que su revista cartográfica sobre el Río de la Plata parte de un hecho inexacto, cual es que los mapas de 1527 y 1529 dan una idea bastante exacta de la cuenca del Plata, tal como se conoce hoy, según él parece creerlo, al anotar sobre el particular á Martín de Moussy, el cual sin duda anduvo ligero, bien que sin afirmar nada absolutamente.

Por lo demás, Lamas ha prestado un verdadero servicio á la historia americana, siquiera sea para salvar las noticias utilizables que en esa obra se encuentran, y demuestran que todo lo demás es inútil ó repetido sin criterio ó de todo punto falso, sin hablar de los milagros.

Generalizando usted un concepto de Lamas, asienta que piensa con él «que hasta ahora la historia de estos países no tiene páginas más llenas ni más auténticas que las del padre Lozano». Lamas dice esto, refiriéndose únicamente á los libros 4.º y 5.º, relativos á la historia de lo que se llamaba la provincia de Tucumán, en que residió por muchos años, y que, en efecto, es la parte más importante de su obra, pudiendo considerarse como una crónica original que ha sido abundantemente explotada por el deán Funes, en su «Ensayo histórico».

Con este motivo hacía notar á Lamas que, partiendo de ese principio, faltaba en su crítica: 1.º Mostrar el contingente que la obra de Lozano ha dado á la historia del Río de la Plata, comparándola con la del P. Guevara (que le es superior como historiador de criterio), y siguiendo con el deán Funes, que la copia en gran parte. 2.º Establecer los fundamentos históricos de esa obra, para determinar el grado de autoridad que merezca. 3.º Sintetizar esa parte de su obra, poniendo de manifiesto su significado, ya que no en filosofía ó por lo menos sus tendencias morales. 4.º Establecer su criterio bajo esta triple faz, asignando su puesto á Lozano entre los cronistas originales del Río de la Plata, hasta donde le correspondiese.

Pero lo repito, Lamas no estaba preparado para ilustrar estas cuestiones; por eso se refugió en las generalidades episódicas de la introducción, omitió acompañar el texto con las notas correspondientes y prometió formar con ellas un tomo aparte, que es probable que no se publique nunca. Aun el texto mismo habría salido plagado de los errores que por vía de correcciones (que después se han procurado salvar) afean

el primer volumen, si Juan María Gutiérrez no hubiese tomado á su cargo la revisión, enmendando los borrones.

La publicación del libro de Lozano ha venido á comprobar que hasta hoy ningún escritor antiguo ni moderno ha reemplazado todavía á nuestro primitivo cronista Ruy Díaz de Guzmán, nacido en América, descendiente inmediato de los conquistadores, de los que tomó sus noticias, las cuales llevan el sello de la autoridad que falta á las demás, cualesquiera que sean sus defectos y deficiencias.

Esa publicación demuestra, además, lo que ya sabíamos, y es que la historia del Río de la Plata está por «hacerse y rehacerse», como ya se lo he manifestado otra vez. Es indispensable para ello acudir á los documentos contemporáneos que no estudiaron los cronistas y fundar nuestro edificio sobre bases nuevas, para que no suceda lo que dice Gay: «que él cuenta la historia de la conquista de un modo (según los cronistas) y los documentos originales la cuentan de otro».

De este trabajo me ocupo, y ya tengo acopiados todos los materiales recogidos en el archivo de Indias de Sevilla.

7.^a—Larrazábal (historia de Bolívar).—Me parece que hace usted á este autor más honor del que merece. Malísimo escritor, que siendo desornado raya en lo vulgar; carece como historiador y como ilustrador de documentos de todo criterio, largándose con frecuencia solo y por su cuenta, sin más bagaje que la declamación á tratar con tono absoluto puntos históricos de la mayor trascendencia que pugnan con los hechos averiguados, tal como por ejemplo el proyecto de coronación de Bolívar, que su admirador Restrepo trata con tanta franqueza y claridad, y tal como la versión que da de la famosa conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, poniendo en boca de uno y otro conceptos y palabras tan inverosímiles como notoriamente falsas, además del mal gusto literario con que está expuesta tan grande escena. Sensible fué la muerte del autor, así como la pérdida de los documentos originales que con él naufragaron, bien que en los dos tomos que nos ha dejado poco adelantaba sobre la «Colección de documentos» de Caracas que usted conoce, y que continuará siendo la fuente original á que acudirán los futuros historiadores.

8.^a—Brasseur de Bousgbourg.—Con motivo de la muerte de este escritor hace usted un análisis de sus obras. Al leerle, exclamé: «¡Gracias á Dios que encuentro un hombre que piense conmigo sobre este pretendido sabio americanista!»

Su crítica, aunque severa, es muy mesurada, y trata al abate B. de Bousgbourg con más consideración tal vez de lo que merece, omitiendo ocuparse de algunos puntos que probarían que si no era absolutamente un charlatán ignorante, su erudición era escasa, su ciencia no iba muy lejos, sus teorías eran inconsistentes, sus juicios basados con frecuencia en documentos apócrifos ó falsos, sus conclusiones tan arbitrarias como desprovistas de criterio, y todas sus obras una cosecha en parte ajena, acompañadas de unas palabras que irritan cuando no fatigan al lector.

Este juicio es el resultado del estudio paciente de sus obras, que empecé á leer con gusto y simpatía, tomándolo á lo serio, hasta que penetrando en su fondo me convencí de que allí no había fondo, ni forma artística siquiera.

Fundaré mi juicio examinando ligeramente algunas obras del abate.

El «Papal Vuh» es la piedra angular del edificio imaginario de B. de Bousgbourg, suponiendo que, como la biblia, es un libro anterior á la conquista. Para esto tiene que suponer la existencia de un alfabeto fonético entre los americanos, en el cual supone que el tal libro se escribió. Todo esto podría pasar como pruebas gimnásticas del ingenio, si no se conocieran el texto original y su origen. En efecto, sábase que el P. Ximénez fué quien lo escribió en lengua quichua, tomando verbalmente sus relaciones de boca de los mismos indios, y como él mismo lo dice, «se reduce esta mi obra á dar luz y noticias de los errores que tuvieron en su gentilidad (estos indios) y que todavía conservan entre sí». Obra histórica emprendida con un fin declarado de «propaganda fide» á principios del siglo pasado, en que las antiguas tradiciones y las nuevas nociones del cristianismo estaban mezcladas, el autor puso sin duda de su parte algo (aun sin pensarlo) para hacer coincidir en lo posible la biblia sagrada con las creencias de los indígenas. Por lo tanto no es posible acordarle el carácter de libro sagrado, transmitido por la tradición real que el abate le supone, pudiendo cuando más haber sido (dando de barato que lo fué) la obra de algún neófito educado en el cristianismo, bajo la dirección de algún antiguo misionero. B. de Bousgbourg supone que Ximénez «descubrió» este libro, cuando el mismo Ximénez dice terminantemente que él lo escribió, y declara con qué fin.

El texto español de Ximénez fué publicado en Viena en 1857 por el doctor Scheren, quien dice expresamente en el

estudio con que lo precede, que B. de Bousgbourg no lo conocía hasta entonces. En él dice Ximénez: «Esto escribiremos ya en la ley de Dios en la cristiandad, porque ya no hay libro común, original donde verlo».

B. de Bousgbourg, publicando en 1861 su «Papal Vuh» (que es el mismo de Ximénez publicado en Viena), se sirvió de su texto para la inteligencia del original quichua y de la traducción francesa, deduciendo de las anteriores palabras, que no se prestan á tergiversaciones, que «libro del común» significaba «libro nacional», arguyendo de ignorancia á Ximénez, á quien por otra parte reconoce profundo en las lenguas indígenas de Centro América, como que después se vistió de sus trabajos filológicos, apropiándose los hasta cierto punto, como lo diré después.

No se necesita decir más para juzgar de la seriedad y de la profundidad del nuevo traductor de esta pretendida biblia americana, y del comentario que de su Génesis hace, embrollando los mitos americanos.

La «Gramática Quichua», que supone usted escrita por el mismo Brasseur de Bousgbourg, y propicia con la estimación de filólogos distinguidos, es la misma gramática del P. Ximénez, complementada con otras posteriores. El mismo abate lo declara: «La gramática no es tanto obra mía, como de Ximénez, Basseta, Flores y otros, puesta simultáneamente en castellano y en francés». Esto lo dice en la dedicatoria al obispo García Peláez, á quien no podía ocultarlo, usando en ella del idioma castellano. En el «Avant Propos», escrito en francés, oculta el nombre de los autores, y dice: «Le grammaire n'est pas entierement notre oeuvre», debiendo decir «n'est pas du tout mon oeuvre». No necesitaba decirlo por otra, pues no hizo otra cosa que copiar el original español, sin tomarse el trabajo de traducirlo. Un verdadero sabio habría publicado el original de Ximénez, anotando ó corrigiéndolo si era capaz de ello. Lejos de esto, reproduce sin declararlo el viejo texto, con tierra y todo, adulterándolo groseramente donde pone la mano, pretendiendo corregirlo. Ejemplo: En la época en que escribió Ximénez, la *c* unida á la *h* sonaba *q* (como usted lo sabe), que es como se pronunciaba en lengua maya; así hoy mismo los mayistas centroamericanos escriben v. g. Chisteil y pronuncian Quisteil, como puede verse en el «Diccionario de Yucatán» por Castillo. ¡Pues bien! El abate pone esta anotación en francés: «*C*, seguida de la *h*, se pronuncia *tch*, como en español. Ejemplo: Chabal, len-

guaje, idioma, pronúnciase tchabal». Aquí se prueba que el abate no sabe lo que dice.

¿Qué diremos del drama «Rabinal-Achi» que sigue á la gramática? B. de Bousgbourg supone que es un manuscrito «del arte dramático de los antiguos americanos». No es extraño esto, cuando Marckam y otros sabios europeos y no europeos, dan por producción original del tiempo de los Incas, el drama en quichua «Ollanta», cuyo autor se conoce, y que no es sino una traducción ó una imitación de una comedia española de capa y espada, en que ni el gracioso falta.

En cuanto al «Vocabulario de raíces de los dialectos guatemaltecos» ni puede considerarse con seriedad, aun poniendo la mejor voluntad, cuando se notan lo violento y arbitrario de sus etimologías, la falta de encadenamiento lógico y geográfico en las palabras, y el espíritu sistemático y preconcebido que todo lo falsea. En este mismo defecto ha incurrido el doctor Vicente Fidel López, en su obra sobre las «Razas Arijanas en el Perú», que usted debe conocer. En ella se pretende probar que los antiguos peruanos eran nada menos que descendientes de los griegos ó de sus progenitores, los pelasgos, pretendiendo como Brasseur de Bousgbourg reaccionar también contra la escuela filológica alemana que ha establecido la filiación de las lenguas por la analogía de las formas gramaticales y no por el sonido aislado de las sílabas radicales, ni aun de las mismas palabras. Incorre además López como Bousgbourg, que es su modelo, en el error de tomar por raíces partículas inertes unidas á vocales serviles, que modifican las palabras, para variar su significado ó por mera eufonía, usando á discreción de todos los alfabetos y de toda la ortografía, según más le cuadra, y en último grado, abusando de la permutación de letras para encontrar al fin una reacción metafísica, fundado en ideas abstractas, que está demostrado que los indios del Perú no pueden concebir, ni su idioma expresar.

Veo que usted no hace mención de una obra del abate, lo que me hace creer no la conozca. Es su «Bibliothèque Mexico-Guatemalienne», que contiene el índice razonado de sus libros, precedido de una ojeada sobre los estudios americanos, Paris 1871. Allí es donde B. de Bousgbourg se desata contra la escuela filológica alemana, que trata de absurda, donde sostiene abiertamente que la cuna de la humanidad es el occidente y no el oriente, como se creía hasta hoy; que de América partió por el camino de la Atlántida el movimiento ci-

vilizador que atestiguan sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de otro modo que hasta aquí los monumentos egipcios, etc. Allí vería usted, salvo algunos manuscritos raros y de verdadera importancia, y uno que otro libro fundamental, lo exiguo de su biblioteca, que él considera «única», en presencia de los catálogos mejicanos, publicados últimamente en Londres, que usted conoce.

En sus notas no muestra mucho saber bibliográfico, incurriendo en errores, omisiones y falsas apreciaciones que á la simple lectura se advierten ser el resultado de un hombre que no domina la materia.

Para acabar con el abate B. de Bousgbourg hablemos del «Manuscrit Troans», que usted se limita á tratar con reserva, recordando el chasco del abate Domenech, que su editor suponía ser un «manuscrito pictográfico americano», cuya clave daba con la aprobación de Bousgbourg, y resultó ser el cuaderno-borrador de mamarrachos de un muchacho alemán.

Parece que usted no supiese que algo parecido ha sucedido con el «Manuscrit Troans», impreso con gran lujo tipográfico y cromolitográfico.

En una nota de su «Bibliothèque, etc.» dice el mismo abate B. de Bousgbourg lo que sigue: «No temo volver sobre lo que he avanzado á propósito del «Manuscrit Troans». Los ensayos de traducción interlinearia que he dado de las inscripciones mayas, no eran, como lo dije entonces, sino simples «ensayos» y nada más. Yo había creído que la narración (recit) comenzaba á mano derecha, es decir, por el último folio, como en los libros orientales. La traducción del «Codex Chimalpopoca», y el examen que he podido hacer en las ruinas de Palenque, me han convencido que la narración debe empezar á mano izquierda, como en los libros europeos». No bastando esto para explicar las abiertas contradicciones en que había incurrido, haciendo decir al texto lo que no decía, el abate recurre además á otro expediente muy singular. Inventa, interpretando á su manera un pasaje del P. Sahagun (de quien ha tomado casi todo lo bueno que trae en sus «Cartas sobre Méjico»), un sistema que él denomina de las «anfibologías», según el cual las palabras expresan ó pueden expresar cosas opuestas á su sentido recto y genuino, de modo que en idéntico texto puedan leerse las mismas palabras con un significado completamente diferente. No es broma. He aquí las palabras textuales del abate: «En dépit de mes «tâ-

tonnements» que contient l'exposition que j'ai publiée des hieroglyphes mexicains, avec le «Manuscrit Troans», je n'en dois pas moins à ce document l'explication d'une foule de choses qui m'ont servi dans l'interprétation du «Codex Chimalpopoca» et qui m'ont fait comprendre les amphibologies. C'est en comparant ces deux documents, que j'ai appris comme on pouvait lire dans les mêmes lignes deux récits, non pas contradictoires, mais complètement différents».

Es el suicidio del pretendido sabio, siendo ésta su última confesión sobre su última obra. ¿Para qué seguir? Dejémoslo en paz.

Por estas pruebas comprenderá usted que tengo razón de hablar en honor de la seriedad de la ciencia y en homenaje de la verdad, con la severidad que he empleado respecto del abate Brasseur de Bousgbourg, á quien usted aprecia bien, aunque con ciertos miramientos, quizá por no conocer todos los documentos que lo condenan como un falso sabio, poseído de una manía, aun concediéndole el honor de la buena fe de que á veces he llegado á dudar.

Tal vez he empleado á su respecto palabras demasiado crudas, que son admisibles en una carta de confidencias literarias, escrita al correr de la pluma.

9.^a—Fussang (Los chinos en América).—Veo que usted no se atreve á pronunciarse sobre esta cuestión, y que equivoca (tal vez por no haber leído con toda atención el libro de que se ocupa) las conclusiones á que han llegado los sinólogos que la han tratado.

Dice usted que «un periódico inglés que se imprime en Hong-Kong, ha discutido esta cuestión en un sentido favorable». Si no hay error de imprenta, y si en vez de «favorable» usted no ha querido decir «desfavorable», es lo contrario lo que resulta de la citada discusión.

Termina usted diciendo que «el libro de Leland es sin duda lo más completo que se haya publicado sobre el viaje de los chinos á América en el siglo V, y que se encuentra embarazado para dar una opinión acerca de su verdad».

Permítame usted decirle que ha andado por demás tímido al formular este juicio negativo sobre una base equivocada, si es que no hay error de imprenta, repito.

El libro de Leland titulado «Fussang» es sin duda lo más completo sobre el particular, pero sólo en el sentido de que compila todo lo que sobre la cuestión se había escrito, sin

agregar más que algunas argucias, á fin de ligar entre sí las diversas narraciones ó especulaciones que contiene.

Es difícil darse cuenta de esto, no leyendo seguido todo el libro, del que, como usted lo observa, la Memoria del sabio orientalista Newman forma el fondo, dejando arrumbado el primitivo trabajo de Deguignes.

Leland, discípulo de Newman, ha reunido en ese volumen todo cuanto sobre la cuestión se ha escrito en pro, y algo de lo dicho en contra. Lo más notable que en él se encuentra es la carta del coronel norteamericano Barclay Kennon, que demuestra que, dadas las corrientes marítimas que existen entre la China y California, el descubrimiento de la América por los chinos es posible y aun probable, hasta por medio de los juncos chinos, lo que como usted sabe tampoco es nuevo.

Así, el libro de Leland no trae ningún contingente nuevo á la cuestión, y que se halla allí más ó menos como la dejó Deguignes en el siglo pasado, con la diferencia de que hoy se han aglomerado mejores pruebas en contra, robusteciendo las negaciones que en tal sentido formuló Klaproth.

El hecho no es imposible, y parece probable como lo es el descubrimiento de la Groenlandia por los normandos, y aun de lo que propiamente se llama el continente americano; pero tiene á su favor pruebas mucho más débiles que, por otra parte, se destruyen á sí mismas.

Lejos de ser favorable la discusión de esta cuestión en China á las conclusiones de Leland, les fué adversa, y puede decirse que las enterró para siempre.

El doctor Bretschneider, residente en Pekín, y Simson, residente en Cantón, ambos entendidos sinólogos, respondieron á la invitación del «Notas and Queries en China and Japón», periódico publicado en Hong-Kong, á que usted alude, pronunciándose en un sentido desfavorable á las conclusiones de Newman, robusteciendo su exposición con demostraciones y argumentos que no han podido ser refutados por Leland, sino con argucias sin solidez.

Si usted quiere recorrer ligeramente el capítulo xiv del libro de Leland, allí encontrará comprobado lo que dejo dicho.

Toda la argumentación de los chino-americanos se funda casi exclusivamente en una prueba de ingerencia, á saber: que la palabra Fussang, bajo la cual se designa el pretendido país descubierto por los chinos en el siglo v, y que se supone

ser Méjico, es el nombre que los descubridores dieron á una planta que crecía en él, y que según su descripción la suponen ser el «maguey» ó áloe americano; en lo cual, unido á otras particularidades que se mencionan en la relación china que se atribuye á un sacerdote budista llamado Hoei-Shin, se basa todo el edificio chino-americano.

Simson dice que la palabra «fussang» designa una planta malvácea de la China, que ninguna analogía tiene con el maguey, el cual se introdujo en este país llevándolo de las islas Filipinas. A este argumento que echa por tierra la armazón, nada serio contesta Leland, sino rearguyendo sobre las palabras.

La conclusión de Simson es la misma de Klaproth, más ó menos, á saber: que el país de Fussang, descubierto por los chinos en el siglo v (dado que sea auténtico el relato) debe ser el Japón, al cual corresponden (dado los límites de la China en esa época) las palabras de «país donde se levanta el sol».

A esto nada contesta Leland.

Bretschneider, con más abundancia de argumentos y más copia de datos, trae todos los antecedentes históricos y geográficos de la cuestión, exhibiendo su bibliografía.

Haciendo cálculos de tiempo y distancias, difiere de Simson en que sea el Japón el país en cuestión, aseverando con el testimonio de la historia china, que era ya conocido por los budistas. Su opinión es que puede haber sido una provincia de Siberia. Confirma que según las descripciones del árbol llamado «fussang» por los chinos, no puede haber duda que es una malvácea, extendiéndose sobre este punto con noticias muy curiosas, que denotan saber y conocimiento del país.

Como en la narración china sobre el pretendido descubrimiento de América en el siglo v, se habla de la existencia de caballos en el país que se supone ser Méjico, fácil le es al sinólogo de Pekín probar que en América no existían caballos antes de la época colombiana. Concluye calificando la narración de «consumado embuste atribuido á un falso sacerdote de Budha», admitiendo que puede ser cuando más una narración referente á otro país, adornada por la imaginación de algún poeta.

La réplica de Leland no destruye estos argumentos, y extendiéndose mucho en defender á los mormones (de los que el Bretschneider se ocupa de paso), se limita á reargüir sobre palabras, contando el triunfo por el hecho de encontrar contradicciones entre los dos sinólogos á que refuta.

Como usted ve, si la cuestión ha sido discutida en China, lo ha sido en un sentido desfavorable á la hipótesis que se pretende acreditar por Leland, y aparte de la pobreza de las pruebas en que reposa, hay los datos suficientes para formar una opinión, ya que no para rechazar su examen.

Y como veo que este asunto sería de nunca acabar, termino aquí mis anotaciones á su revista bibliográfica, publicada en la «Revista Chilena».

Muchas otras cosas se me ocurren que decirle sobre nuestros comunes estudios; pero ya esta carta se va convirtiendo en folleto, y tengo que ponerle fin, respondiendo á sus últimas preguntas y hablándole de mis trabajos y proyectos literarios.

Me pregunta usted si la nueva edición del «Belgrano», comprenderá la vida del héroe hasta su muerte, porque le interesa conocer á fondo la revolución de Arequito. No alteraré el texto primitivo, limitándome á ligeras correcciones y adiciones de detalle, complementándolo con un epílogo que bosqueje la vida de Belgrano, desde el congreso de Tucumán en que lo dejé hasta su muerte, sin dar á la parte histórica el desarrollo que tiene en la obra ya publicada. Como lo digo en ella, el papel histórico de Belgrano termina en 1816, y allí termina propiamente su vida pública. En este plan, la revolución de Arequito será tratada, aunque tal vez no con la extensión que usted desea.

Puesto que usted se interesa en adelantar sus noticias acerca de ese punto histórico, puede consultar por lo pronto lo que sobre el particular dice el doctor V. F. López en sus estudios históricos de la revolución argentina, publicados en la «Revista del Río de la Plata». Aunque su versión lleva cierto sello de parcialidad marcada, debido á impresiones propias ó á las fuentes en que ha bebido, hay allí algunas noticias nuevas tomadas oralmente, que pueden utilizarse, ligándolas á otras más auténticas y comprobadas. Excuso prevenirle que este escritor debe tomarse con mucha cautela, porque escribe la historia sin documentos (al menos muy escasos, fuera de los impresos), guiándose por ocurrencias ó ideas preconcebidas, afirmando dogmáticamente, puede decirse, en cada página, lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos, que no conoce, como sucede en todo lo relativo á San Martín y á las relaciones diplomáticas del Río de la Plata con la corte portuguesa en el Brasil, desde 1816 hasta 1819, lo

mismo que con las relaciones del director supremo con el Congreso Nacional.

En el plan de mis trabajos históricos, el período de la guerra civil comprendido entre 1816 y 1826, que antes pensé hacer entrar en el cuadro de la «Historia de Belgrano», formaré el argumento de otro libro, que tengo en borrador. Su título es «Artigas». Es la historia de la revolución interna y de la descomposición social á la vez que del régimen colonial simbolizada por el caudillaje y explicada por la anarquía y la guerra civil, desde 1810 en que las masas se despiertan al soplo revolucionario, hasta que el sistema colonial se descompone y se disuelve, siendo suplantado por una República orgánica en embrión, con las fuentes sociales casi aniquiladas, en que el instinto popular obedeciendo á su índole resuelve de hecho los problemas políticos con más acierto que los sabios, aunque comprometiendo en otro sentido la existencia de la comunidad, mientras que la revolución americana triunfa por las armas y por las ideas en otro campo y por otros medios. Será un libro nuevo, y aun creo que original por su significado y alcance, fundado en documentos completamente inéditos, estudiados á la luz del criterio histórico que he indicado en mis estudios sobre la revolución argentina (Güemes y Belgrano).

Antes de emprenderla con Artigas, es mi ánimo terminar la «Historia del general San Martín». Es cuestión de tiempo y redacción, pues todo el plan está bosquejado, los estudios escritos están hechos según ese plan, y los documentos clasificados en el orden en que sucesivamente los he de usar. Estimo en diez mil por lo menos el número de los documentos manuscritos extractados y consultados para la confección de este libro. Formaré dos tomos como la «Historia de Belgrano», de 500 á 600 páginas cada uno. A propósito de San Martín. Veo que usted tiene en su poder el legajo de la «Batalla de Maipo» de los realistas. Dígame si además de lo que usted ha utilizado de él hay algo más que interese á la historia de esta gran batalla y del héroe que la ganó.

Al mismo tiempo y por vía de solaz, estoy reuniendo los materiales para un libro nuevo de antropología y etnografía, ensanchando el plan de otro que tenía en bosquejo sobre las lenguas indígenas del Río de la Plata, consideradas como base de los estudios históricos y geográficos. Su título será «El hombre salvaje de la cuenca del Plata». Allí trataré la cuestión de las razas indígenas, determinaré su geografía y sus

migraciones, estudiaré sus lenguas bajo diversos puntos de vista, conexos con el asunto, ocupándome de otros que creo han de ilustrar la materia, dando algún contingente nuevo. Para este trabajo cuento con el auxilio de mi biblioteca glótica americana, que se compone como de 200 volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluídas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros. Además de esto, todo cuanto sobre antropología, etnología y arqueología americana se ha publicado.

He dicho á usted antes que en el archivo de Indias he encontrado los materiales para otra obra, á fin de hacer y rehacer la historia antigua de esta parte de América. Será lo último que emprenda, dándome tiempo para recoger más materiales, y esperando que tal vez pueda realizar un viaje hasta Sevilla y Simancas para completarlos. Su título será «Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata». Precedida por una introducción sobre el suelo y sus primitivos habitantes, la obra se dividirá, naturalmente, en cuatro partes: 1.º Generalidades. 2.º Descubrimiento. 3.º Conquista. 4.º Población. Toda ella será fundada sobre documentos nuevos y auténticos, que ya tengo extractados según este plan, y ordenados del mismo modo. Como la historia de la conquista del Río de la Plata es la única que no ha sido escrita, tal vez por ser menos dramática que la de Méjico, Perú y Chile, es un libro que falta en la literatura americana. Si no presenta el interés romanesco de las que he recordado, no carecerá de grandes caracteres y notables empresas, mostrando cómo se colonizó este país sin el aliciente de las minas de oro y plata, cómo se afirmó la colonización por el trabajo, cómo se constituyó su vida municipal y cómo la prosperidad se desenvolvió comercialmente. Será la solución histórica de un problema económico y social único en la América del Sur.

He ahí el programa de mis trabajos literarios, esperando que la fuerza no me falte, y que la vida me alcance para llenarlo.

En cuanto á mis «Arengas», de que le hablé antes, ya está terminada su impresión en un volumen de más de 600 páginas. Irá con esta carta.

El tomo de poesías está todavía en prensa; pero irá en su oportunidad.

En cuanto á los «Episodios de la revolución», que forma-

rán dos volúmenes, me falta completar la serie, dándoles un encadenamiento cronológico. La obra se dividirá en dos partes: 1.^a Revolución de la independencia. 2.^a Revolución social. Empezaré con la invención de la bandera nacional y la muerte de Liniers en 1810 y 1811, y terminaré con la tragedia de Barranca Yaco y la salvación del cadáver de Lavalle, marcando cada año con una especie de medallón histórico, por el estilo de los que usted conoce, como «Falucho», «La Esmeralda», el «Crucero de la Argentina», etc. Siendo todos ellos rigurosamente históricos y fundados en documentos, tendrá sin embargo cada uno la unidad de un drama y se leerán como una novela, popularizando así la historia patria, á la vez que adelantándola.

Tengo parte en cartera y parte en el tintero, otros dos trabajos, que es cuestión de algunos días de buen humor para terminar.

El uno es un estudio sobre Azara, considerado como geógrafo, naturalista, etnólogo é historiador del Río de la Plata: es el Humboldt modesto de esta parte de América, que solo, sin estímulos, en medio de los desiertos, sin conocer más ciencia que las matemáticas y guiado por su genio observador, creó un sistema nuevo de clasificación zoológica, midió y describió gráficamente su territorio, estudió sus razas indígenas, revelando, por decirlo así, un mundo desconocido y siendo el precursor de los que después han continuado su tarea.

El otro es un estudio de las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay, hecho en el cuadro de la vida del P. Antonio Ruiz de Montoya, su verdadero fundador. Es una figura notable como misionero, escritor y filólogo, autor de la «Conquista Espiritual del Paraguay» y de las gramáticas y diccionarios guaraníes que existen. Montoya nació en Lima y es como el P. Santo Tomás, en el Perú, y Ruiz Blanco, en Cumaná, la reproducción del tipo de Las Casas entre nosotros.

Y con esto he vaciado mi saco literario.

Por aquí las únicas novedades literarias que tengo que anunciarle son las siguientes: 1.^o La descripción de la República Argentina, por Burmesteir, director del museo de Buenos Aires. (El primer volumen acaba de publicarse aquí, en alemán, y está haciendo otra edición francesa en París.) 2.^o «La Patagonia y las tierras australes del continente americano», por Vicente G. Quesada, director de la biblioteca de Buenos Aires. (Esta obra de discusión y de historia al mis-

mo tiempo, con muchos documentos nuevos, interesa igualmente á Chile). 3.º «Luz del Día» (que pasa por imprenta aquí, siéndolo en Francia). Usted la ha juzgado literariamente muy bien. (Poca inventiva, algunos chistes, verdades cínicas unas y traqueteadas otras, exagerada falsedad, pasiones venenosas y exposición sofisticada, tales son los elementos que componen este libro). 4.º «Gaceta de Buenos Aires», por A. Zinny (inspector de instrucción pública). Es un índice analítico de este importante periódico desde 1810 á 1821, muy útil para los coleccionistas é historiadores, aunque difuso como todos los trabajos de este autor. 5.º «Eferidrografía Angireparqueótica», por el mismo. (Es una bibliografía de la prensa periódica de las provincias argentinas hasta 1850, que complementa la bibliografía angiro metropolitana que usted debe tener.) 6.º Una corona literaria con un grabado en honor de nuestra novelista nacional Juana Manuela Gorriti (que á la fecha debe estar en Lima). 7.º Un librito misceláneo de la baronesa de Wilson, escritora en varias revistas ilustradas de Europa, que hoy se encuentra en Buenos Aires. 8.º Un libro sobre distribución de la tierra pública, por el coronel Alvaro Barros. 9.º Aquí se publican varias revistas (fuera de la histórico-literaria del Río de la Plata, que cesó). Las hay de medicina y cirugía, de agricultura, con láminas, de bibliotecas populares, de farmacia, materias rurales, instrucción pública, de música, de numismática, militar con láminas, del museo con id., del archivo, una alemana sobre materias económicas, historia y geografía, física y estadística nacional, y varios anales de sociedades científicas. Entre éstos, el de la Sociedad de Ciencias, acaba de publicar un artículo sobre el caballo fósil argentino, escrito por un joven naturalista, nuestro Luis Fontana, que le adjunto en recorte con una breve introducción hecha por mí. 10. «Territorio argentino y cuestiones internacionales de límites», por Nicolás Grondona. Es un cuaderno con un mapa y leyendas explicativas, publicado en el Rosario.

A propósito del caballo fósil argentino, recuerdo que se me iba pasando hablarle de otro joven naturalista, que es nuestra esperanza. Muy joven aún se ha hecho conocer ya en Europa, por un trabajo suyo publicado en la «Revue d'Anthropologie» de Broca, sobre los Cementerios prehistóricos de la Patagonia, que ha estudiado por sí mismo. En el «Boletín de ciencias exactas de Córdoba», ha publicado otro trabajo sobre las antigüedades de los indios en las provincias de

Buenos Aires. Ambos son completamente originales, y suministran nuevas luces. Pero su obra mejor es un museo antropológico, arqueológico y paleontológico que ha formado en su casa con objetos reunidos por él; entre los cuales se encuentran más de 400 cráneos de razas indígenas, que es sin duda la colección craneológica americana más completa que exista. Es inteligente, instruido, posee una vasta biblioteca americana, y sobre todo la pasión de los viajes y el coraje de afrontar todos los peligros y fatigas para explorar regiones desconocidas, estudiando el terreno geológicamente y recogiendo objetos de historia natural. Su nombre es Francisco F. Moreno, y pronto lo tendrán ustedes por Chile. Se lo recomiendo á usted y demás amigos, muy especialmente.

El joven Moreno va á hacer un viaje de exploración, recorriendo las pampas y atravesando la cordillera, seguirá desde el fuerte de El Carmen, en Patagones, más ó menos el itinerario (en sentido inverso) del notable viaje de nuestro amigo Cox, pasando por Nahuel-Huapí. De allí pasará probablemente hasta el Perú, para enriquecer su colección de cráneos, que complementarán y aun corregirán en parte los estudios de Tschudi y de Mentón.

Tengo á la vista la primera carta-relación de su viaje, con un croquis de su itinerario. Al presente se encuentra explorando el río Colorado, y espera estar en Chile, según dice, de febrero á marzo.

Se me ocurre ahora que nada le he dicho del catálogo de mi biblioteca americana, á que usted se refiere en su carta, y de que le hablaba en mi anterior. Me va saliendo tan vasto, aun sin salir de los límites rigurosamente bibliográficos, que á veces temo que nunca lo terminaré. Por eso he adoptado el sistema de consignar mis notas bibliográficas en las hojas blancas de los mismos libros, cuando no exceden de una á cuatro páginas, escribiéndolas aparte cuando forman un artículo más bien que una nota. A este número pertenece el estudio sobre el primer libro impreso en Sud América, de que le hablé antes y usted debe conocer. Según este plan, aun sin repetir noticias que se encuentran en otros catálogos, tomando las notas exclusivamente de los mismos libros, apreciarlas y compararlas entre sí del punto de vista de su originalidad y utilidad para determinar las verdaderas fuentes de estudio, sin entrar en la crítica literaria, sacando de ellas mismas las noticias históricas correlativas y las biografías ignoradas de una gran parte de sus autores y otros detalles de que

usted como hombre del oficio se hará cargo, bien comprenderá que este trabajo que emprendí por mero entretenimiento, vaya creciendo entre mis manos como la bola de nieve.

Mi plan es metódico, según un sistema de clasificación que he adoptado, teniendo en vista las materias que constituyen mi colección de libros. La materia general es la historia, la geografía y la etnografía. Las diversas secciones que lo forman se suceden y encadenan en el orden de los estudios de un americanista, ya geográfica, ya científicamente. He aquí una idea de mi trabajo:

Introducción:—La formará la «Bibliografía americana», ó sea el conocimiento de los libros que van á estudiarse. Sección 1.^a: América anticolombiana, razas y lenguas indígenas, geografía física (aspecto del suelo, botánica, estudios de determinadas plantas y cultivos americanos, etc). Sec. 2.^a: Descubrimiento de América.—Antecedentes geográficos.—Colón y Vespucio.—Escritores primitivos del descubrimiento.—Poemas épicos sobre el descubrimiento.—Sec. 3.^a: América en general, historia y geografía, viajes y descubrimientos, crónicas, etc. Sec. 4.^a: Río de la Plata en general y particular, que formará nueve ó diez capítulos. Sec. 5.^a: América española, subdividida geográficamente por Repúblicas. Sec. 6.^a: América portuguesa. Sec. 7.^a: América del Norte. Sec. 8.^a: Cuestiones americanas, en que las cuestiones de límites forman el fondo. Sec. 9.^a: España y América. Sec. 10: Derecho general, cedularias, códigos, constituciones, colección de tratados y obras especiales sobre lo mismo. Sec. 11: Manuscritos sobre el Río de la Plata en particular y América en general, incluso mi propio archivo histórico, sección que comprenderá varios capítulos, que todavía no he precisado. Sec. 12: Mapas y láminas, sumando los primeros más de 1000 números. (Nada digo del monetario americano, que usted conoció en embrión, porque con lo dicho ya ve que tengo en qué entretenerme.)

Sin más literatura por ahora, se despide de usted hasta otra carta, su invariable amigo.—*Bartolomé Mitre*.

P. D.—Le adjunto una carta para don Ignacio Zenteno. Le agradecería continuase mandándome la «Revista Chilena», que me ha interesado mucho. Tengo hasta el número 9. Al empezar esta carta, creí que me tomaría cuando más un par de horas, y sólo he podido terminarla á los dos días, fechando por lo tanto, al acabar, hoy 21 á la noche.